

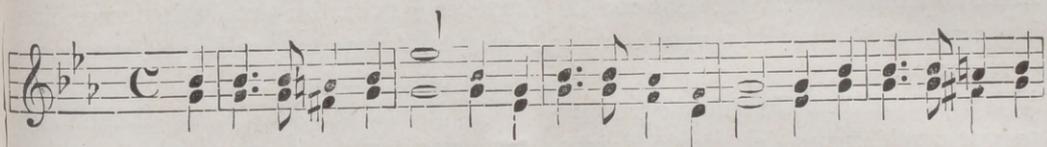
EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LX

MADRID, 19 DE NOVIEMBRE DE 1933

NÚMERO 47

MI ESPIRITU ALMA Y CUERPO



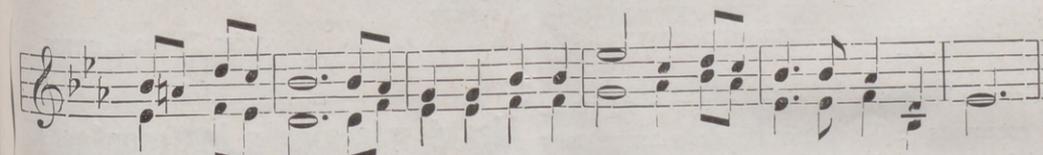
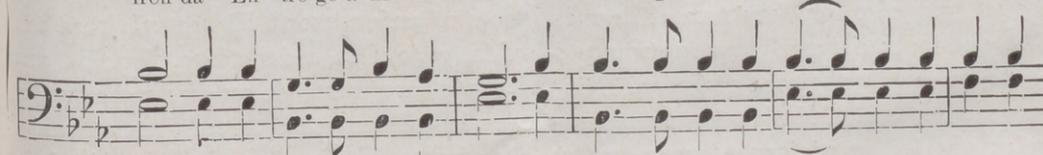
1. Mi es-pí-ri-tu, y cuer-po, Mi ser, mi vi-da en-te-ra, Cual vi-va, san-ta o



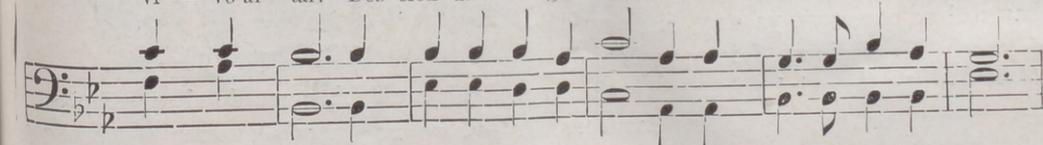
Coro.



fren-da En-tre-go á Ti mi Dios. Mi to-do á Dios con-sa-gro En Cristo, el



vi-vo al-tar. Des-cien-da al fue-go san-to Su se-llo ce-les-tial.



2. Soy tuyo, Jesucristo;
Comprado con tu sangre
Haz que contigo ando
En plena Comunión.—Coro.

3. Espíritu divino,
Del Padre la promesa,
Sedienta mi alma anhela
De Ti la santa unción.—Coro.

NUESTRO MEJOR TESORO

¿Qué es un tesoro? Seguramente que si pudiera oír la respuesta de cada pequeñito de los que lean estas líneas, las contestaciones que escucharía serían muy diferentes, a pesar de que la pregunta dirigida a todos es la misma.

Porque la contestación que se dé a esta pregunta, depende, naturalmente, de muchas cosas. Pero sin duda alguna, todos coincidirían en afirmar que lo que ellos consideraban como un tesoro, era porque lo creían de gran valor.

Y esto es un tesoro. Un objeto o una persona que consideramos de un valor inmenso. Así la madre, cuando dice a su nene: "Mi tesoro", está indicando que para ella no hay nada en el mundo de tanto valor como su pequeño.

Los mismos niños tienen también sus tesoros. Cuando vemos a un pequeñito de pocos meses con su chupete en la boca, pensamos que para él el chupete constituye un tesoro. Es lo que más estima. A todas horas desea tenerlo en su boquita.

Llega el niño a contar cuatro o cinco años de edad, y ¿qué tesoro hay para él de más valor, que tener siempre entre sus manos o en sus bolsillos estampas, grabados? Ninguno, ciertamente. Nada hay para estos pequeños que les agrade tanto, como que el padre o la madre les explique una historietita con grabados, que vean ellos en un libro o en el periódico.

Crece el niño o la niña, a pesar de que las estampas le sigan encantando y tenga especial predilección por reunir muchas, sin embargo, hay otra cosa ya para él de más importancia. Es el dinero. Los pequeños, de diez a doce años, o quizá más, ¡con cuánto interés tienen en su bolsillo las monedas que pueden obtener de sus padres o de sus parientes! ¡Y con cuánto interés las guardan también en su hucha! Ven en el dinero su mayor tesoro.

Hay otros pequeños que consideran como su mejor tesoro un buen libro de cuentos o de aventuras. Habrá quienes crean que un buen tesoro es una buena amistad, y están en lo cierto. Todos juzgarán como SU TESORO aquello en que su corazón esté puesto, como lo afirma la Escritura, al decir: "Donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón." Sí, porque pondremos en él nuestros afectos más tiernos, nuestras esperanzas más sublimes, lo mejor de nuestros sentimientos.

Jesús nos recomienda, no obstante, que "no nos hagamos tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen y donde ladrones minan y hurtan". Los tesoros que nosotros podamos conseguir en la tierra, los tendremos con nosotros durante más o menos tiempo, pero, al fin, algún día desaparecerán de nuestra vista. Tendremos que renunciar, aunque no queramos, a tenerlos en nuestra compañía.

"Haceos tesoros en el cielo, donde la polilla y el orín no los corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan." Jesús debe ser nuestro mejor tesoro. El nos vale para esta vida y para la vida eterna. Sin El, aun cuando carezcamos de muchas cosas que los demás estimen como tesoros, somos verdaderamente ricos, en la mejor acepción de la palabra.

RAMÓN TAIBO SIENES.

Alzaré mis ojos a los montes de donde vendrá mi socorro

(Continuación)

Rosita se había acercado al sargento.

—Pero no querrás quemar el libro que nos habla de Dios y de nuestro Salvador Jesucristo; sabrás también cómo él nos amó tanto, que murió por nosotros en la cruz.

—Quítate del medio, muchacha—refun-

fuñó el hombre, y la empujó groseramente para atrás—; yo estoy de parte de la Virgen, y en honor suyo aplastaré todos los herejes y quemaré sus libros.

Rosita se escondió detrás de la madre, desconsolada.

Los propietarios del cortijo vivían entre los soldados casi como prisioneros. El trato con los demás evangélicos se les prohibía por completo. Si José Mattenecker salía del límite de su cortijo, ya estaba uno de los soldados detrás de él:

—Espérate un poquito. ¿Adónde vas? Te voy a acompañar.

A mediados de mes Rosita estaba quitando la hierba mala de la pequeña huerta que lindaba con la casa y que era un sitio favorito de su madre.

Había llovido mucho últimamente; pero hoy el día era hermoso y espléndido.

Levantando la cabeza de su trabajo, ella vio a un hombre viejo mirando por la valla. La saludó amablemente.

—¿Los soldados están por allí dentro? —preguntó con voz baja.

La niña afirmó con la cabeza.

—¿Eres tú la hija de Mattenecker?

Rosita otra vez contestó afirmativamente.

—Aquí tienes algo para tu padre; mételo en tu pañuelo sobre el pecho y dáselo cuando no haya ningún soldado entremedias. Dios te guarde; tengo que marcharme de prisa.

La niña, asombrada, hizo como le habían mandado.

Cuando Mattenecker abrió el papel doblado y lo leyó, se enteró que 300 de sus correligionarios se habían reunido en el pueblo de Arroyonegro. Allí habían jurado lealtad a su fe evangélica en vida y muerte. Como señal habían metido el dedo de juramento en sal, y lo habían llevado a la boca; luego levantando la mano derecha hacia el cielo habían jurado quedar firmes en las enseñanzas del evangelio hasta la muerte.

El aldeano dobló el papel.

—¡Con qué ganas hubiera yo jurado también!—dijo con tristeza a su mujer—; pero me parece, Ursula, que nuestro Dios oye nuestro juramento igualmente aquí en nuestra alcobita como allá en el pueblo.

Ella afirmó.

El párroco estaba enfermo y no asomó por el cortijo. Mas a menudo se veía al padre Ignacio reuniendo a todos los de la casa y hablando de los errores de los evangélicos.

En una ocasión de éstas Rosita consiguió escaparse desapercibida. Su padre la había tenido últimamente apartada del pueblo. Las antiguas compañeras de juego la miraban de reojo, hasta se burlaban de ella. Pero ella había oído de la enfermedad de su antiguo amigo, y su corazón cariñoso la llevó hacia él.

El viejo la acarició:

—Hijita, haces bien en no olvidar a tu viejo amigo. Pero también hace mucho tiempo que no vienes a misa y a la catequesis.

Rosita se puso colorada.

—Yo no puedo ir con estos soldados que nos han quemado la Biblia y nos hacen todo el daño posible. Me lo podéis creer, señor cura, que ellos son peores cristianos que mi padre y mi madre. Pero a vosotros vengo con gusto; me habláis del Señor Jesús cómo bendijo a los niños y de las hermosas montañas de donde viene nuestro socorro.

El viejo suspiró tan profundamente, que Rosita se asustó.

—¿Acaso estáis aún demasiado débil? —dijo con ternura.

El cogió las manitas de la pequeña entre las suyas, y las dobló para orar.

—Un Padrenuestro podría orar contigo Rosita.

La pequeña estaba conforme.

La familia de Mattenecker vio disiparse sus bienes poco a poco. Cuando en otoño Brígida y Quintín bajaron de la sierra con

el ganado, las cosas iban de mal en peor. Las mejores reses fueron matadas para los soldados. La mujer y la criada en todo el día no hacían más que guisar y preparar comidas para sus verdugos. Y, además, había continuas riñas entre los soldados y Quiterio, que no tenía la suficiente paciencia para soportar las bromas maliciosas de los soldados.

A fines de octubre el amo oyó un jaleo tremendo en el corral. Acercándose vió a dos soldados que habían tirado a su hijo al suelo y estaban a punto de atarle de pies y manos. Al preguntarles qué era lo que había cometido, no contestaron. Dos gansos recién muertos al lado del chico aclaraban el asunto.

Pero otro también había observado la escena. El párroco estaba en la puerta de entrada y gritó con voz fuerte:

—¿Qué estáis haciendo? Soltad al mozo en seguida.

Los soldados le soltaron de mala gana. El párroco llamó aparte al sargento:

—Aquí ya no hace falta molestar mucho—dijo seriamente—. Hoy me han traído la noticia de Salzburgo que José Mattenecker y los suyos serán de los primeros que se tienen que marchar; dicen que es un rebelde y ha querido llevar la queja contra el arzobispo hasta la corte imperial. Por eso no le van a conceder ni siquiera el plazo de tres meses que han dado a los otros propietarios para poder vender sus tierras.

Miró alrededor suyo donde antes reinaba tanto orden y donde ahora se podían ver las huellas que habían dejado los invasores.

—¡Ya veis lo que habéis conseguido con vuestro salvajismo! Hoy recibirán la orden de marcha; déjalos en paz por lo menos estas últimas horas.

Luego entró en la casa, procuró consolar los ánimos excitados, y en su manera suave y cariñosa quería convencerlos de la verdad católica.

—¿Por qué queréis ser más listos que la santa iglesia?—dijo a Mattenecker—; mirad la Biblia que siempre nombráis: es un libro harto difícil de comprender, y lo que muchos hombres santos y sabios han encontrado en las escrituras lo podéis aceptar sin escrúpulo. ¿No nos hemos entendido bien las muchas veces que os he leído las Santas Escrituras? Recordad la noche cuando bajasteis con Rosita de la sierra.

Mattenecker le miró con franqueza.

—Sí, señor cura, os doy las gracias por cada palabra buena; pero bien sabéis que uno no puede ir contra su conciencia. A su lado de usted podría haber orado, si me hubieran dejado en libertad; pero al lado del Padre Ignacio no me verán jamás.

Rosita sollozó. El cura se quedó conmovido.

—Pues entonces no puedo hacer otra cosa que orar por vosotros. Dios guarde vuestra salida y entrada desde ahora y para siempre.

Se persignó y salió. Rosita, llorando, le quería seguir, pero su padre la detuvo.

(Continuará)

PRECIOS DE SUSCRIPCION: *Por un año*: En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00 (25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50.

Librería Nacional y Extranjera, Caballero de Gracia, 60. Madrid.